

APACHITA 12

ENERO 2008

BOLETÍN DEL ÁREA DE ARQUEOLOGÍA. ERNESTO SALAZAR, EDITOR



Laboratorio de Arqueología - PUCE

Portada: Toro alado asirio.
En César Cantú, 1866, *Historia Universal. Tomo VII. Documentos*. Imprenta de Gaspar y Roig Editores, Madrid.



APACHITA, N° 12, enero de 2008
Ernesto Salazar, editor
esalazar@puce.edu.ec

Se aceptan pequeños artículos de difusión y comentarios
de estudiantes, profesores y colegas arqueólogos.

Indice

El ritual de la capac hucha <i>Catherine Lara</i>	3
Salida de campo a Mullumica <i>Miguel Barreiros Padilla</i>	5
Microverticalidad en el territorio muisca <i>Felipe Sánchez</i>	7
Sólo para primitivos	8
Arqueología, patrimonio e identidad <i>Estanislao M. Pazmiño T.</i>	9
Atando cabos <i>Ernesto Salazar</i>	11
Eventos	14
Noticias Frescas	15
Donación	17
La cultura de San Agustín <i>Gabriela López</i>	18
Circulando	20
Un manuscrito quiteño en la crónica de Montesinos <i>Ernesto Salazar</i>	21
La cita de “Apachita”	24
Las ruinas de Cochapata <i>Alexander von Humboldt</i>	25
Representaciones míticas del Ecuador	25

EL RITUAL DE LA CAPAC HUCHA

Catherine Lara



El hallazgo en 1999 de la “doncella de Lulluillaco”, enterrada hace 500 años en el volcán homónimo ubicado al norte de Argentina, conmovió al mundo entero. De hecho, la ciencia la declaró momia mejor conservada

hasta ahora conocida, y las investigaciones de su contexto funerario sacaron a relucir que la adolescente y sus dos acompañantes habían sido víctimas del ritual de sacrificio humano incaico de la *capacocha*, *capacocha* o *capac hucha*.

Más allá del cariz funesto de una práctica generalmente percibida como cruel, la *capac hucha* da cuenta de una compleja lógica de articulación entre factores políticos y religiosos precisos relacionados con la ideología imperial inca, tal como lo revelaron los estudios arqueológicos y etnohistóricos sobre el tema. ¿En qué consistía el ritual y cuál era su significado?

Desde un punto de vista etimológico, *hucha* significa deber, deuda, obligación, cuyo incumplimiento cobra el sentido de “falta”. De esta manera, en palabras de Gerald Taylor (1987), “el *capac hucha* corresponde a la realización de una obligación ritual de máxima importancia y esplendor (*capac*)”

Efectivamente, este ritual era antes que nada una asamblea de oráculos venidos de todo el Tahuantinsuyo, y llevada a cabo con ocasión del Inti Raymi, de la coronación del Inca o de algún suceso catastrófico atravesado por el Imperio. En la ideología religiosa del Tahuantinsuyo, los oráculos y las élites sacerdotales que los controlaban eran asimismo de suma importancia. Por consiguiente, el Inca consultaba regularmente los oráculos de las huacas imperiales, las cuales se hallaban representadas en el Cusco durante el ritual de la *Capac hucha*. Cada huaca tributaba al Inca con niños destinados a ser sacrificados. Éstos viajaban hacia el Cusco con sus caciques y representaciones de sus dioses locales. Una vez en la plaza del Cusco, los “peregrinos” rendían homenaje al Inca y a las divinidades principales del Imperio: el sol, la luna, y las momias reales. Luego, el Hijo del Sol con-

sultaba con los dioses de sus provincias sobre asuntos militares o administrativos. El Inca recompensaba a las deidades de cada huaca, de acuerdo a las respuestas dadas por sus respectivos oráculos. Esta recompensa consistía en los niños tributados por cada huaca al Inca, cuya gran mayoría era sacrificada en su lugar de origen, a su regreso del Cusco (Gose 1996, Cieza de León).

Las víctimas debían ser niños saludables y físicamente perfectos. El análisis de ADN de las momias de Lulluillaco reveló que las criaturas habían sido “engordadas” antes de su muerte. Al parecer, durante la mayor parte de su vida, éstas habían tenido una dieta principalmente basada en papas pero, durante el periodo aproximado de un año antes del sacrificio, su alimentación consistió esencialmente en maíz y carne seca de llama, un tipo de comida de carácter sagrado. El cronista Cobo (1964) subraya el buen trato otorgado a los niños antes del sacrificio. En el caso de Lulluillaco, se calcula que tres o cuatro meses antes de su muerte, éstos peregrinaron por las montañas hacia su última morada, seguramente en proveniencia del Cusco. En sus últimos instantes de vida, se les dio chicha y hojas de coca, contra el mal de altura o a manera de anestésicos. A raíz de estudios previos en otras momias halladas en la misma región, se descubrió que las víctimas habían sido asfixiadas, aunque Cobo señala que se las enterraba vivas, en necrópolis asociadas a las divinidades, acompañadas de un rico ajuar funerario, y veneradas por un grupo de sacerdotes encargados de su culto.

Existen diversas interpretaciones acerca del significado de la *capac hucha*. Desde una perspectiva religiosa, las crónicas subrayan que era un honor ser elegido para este ritual, ya que se consideraba que, al morir, los niños se unían a sus antepasados y velaban por sus localidades (Silverblatt, 1988). Aquí prevale-

ce también el significado simbólico y étnico del contexto en que eran enterradas las criaturas, montañas muchas veces. Dentro de la cosmovisión andina, éstas eran efectivamente asociadas a deidades (tales como Pariacaca), a centros cosmogónicos (*pakarinas* o *pakarishkas*) o a la fertilidad (Reinhard, 1985).

A nivel político en cambio, se ha planteado que dentro de un sistema imperialista, este tipo de ritual permitía infundir el terror entre las poblaciones conquistadas, facilitando así su control. En base a un análisis más profundo del ritual y su contexto, Gose señala que la consulta de los oráculos era ante todo un acto político que permitía consolidar el sometimiento y la dependencia de los cacicazgos locales hacia la autoridad inca. De hecho, era el Inca quien decidía acerca de la relevancia de cada oráculo, y lo recompensaba en consecuencia, creando así una jerarquía entre las huacas, en la cual el dios sol ocupaba desde luego el primer puesto. Por otra parte, el hecho de reunir a los dioses locales en el centro del Imperio era prácticamente una forma de apropiárselos. Para las localidades en cambio, la práctica de la *capac hucha* consistía en una manera de redefinir sus cultos tradicionales dentro de las nuevas lógicas del Imperio, y de ser así reconocidas por éste (Silverblatt, 1988).

A modo de conclusión, cabe resaltar que si bien este tipo de prácticas causa muchas veces rechazo y repugnancia, los estudios arqueológicos y etnohistóricos han permitido superar su aspecto espectacular, sanguinario y quizá fascinante. Antropológicamente hablando, el ritual de la *capac hucha* es un ejemplo enriquecedor de la forma en que una manifestación cultural aparentemente aislada se relaciona en realidad con un conjunto de factores, no solamente religiosos en este caso, sino también políticos e históricos.



SALIDA DE CAMPO A MULLUMICA

Miguel Barreiros Padilla

Todo comenzó la mañana en la que los “arqueólogos” (más de corazón que de título) nos encaminamos hacia Mullumica, mina de obsidiana ubicada a 18 km. de Quito, en pleno páramo y cerca de la divisoria continental. Aquí sin duda fuimos testigos de uno de los acontecimientos más fantásticos, para nosotros, como fue contemplar el inmenso flujo y sus derrubios que se veían por doquier. Claro que, antes de esta sorpresa, hicimos una parada obligatoria, en el parque de Pifo, donde nuestro profesor Ernesto Salazar nos brindó una breve explicación acerca de los flujos de obsidiana en el Ecuador y su importancia a través de la historia.

Desde aquí partimos con la interrogante de cómo sería el lugar cuando lleguemos a él. La curiosidad me carcomía las entrañas, simplemente no soportaba más la ansiedad. Así que cuando, en un tramo del camino en el que la camioneta y su conductor flaqueaban por salvar el lodo de la vía, algunos de nosotros nos bajamos a empujarla para alcanzar pronto nuestro objetivo. Ayuda por desesperación o simple impulso, la cosa es que después de las incomodidades del corto camino, ciertamente

compensadas por el majestuoso paisaje que cruzábamos, llegamos sin contratiempos a las puertas de un terreno delimitado, lo que implicaba una rápida socialización con la amable señora que salió a nuestro encuentro. Sin vacilar, le expresamos nuestro interés de cruzar por su propiedad para visitar Mullumica. Y como la señora seguía indecisa respecto a darnos paso, nos volvimos “creativos”, informándole que éramos arqueólogos representantes de una fundación y que estábamos realizando una investigación muy importante, para lo cual sacamos a relucir nuestras sofisticadas camaritas, brújulas, y demás chucherías que corroboraran nuestra pequeña mentira.

Al cabo de unos minutos, se nos permitió la entrada y, después de andar un trecho, nos volteamos hacia atrás y vimos a nuestro profesor Ernesto negociando el paso con la señora. No tuvo que sacar ningún aparato para impresionarle; sólo le compró un queso y obtuvo permiso inmediato para proseguir. ¿Cómo no lo pensamos antes, verdad? Lo cierto es que hay ocasiones en las que los problemas u obstáculos de la vida se resuelven de la forma más fácil que uno puede imaginar.

Como en toda travesía, las dificultades se agrandan a veces más de la cuenta. Y Mullumica no fue una excepción. Primero nos enfrentamos con una lomita, que más nos pareció una montaña, porque llegar al tope no fue nada fácil. Sin embargo, nos mantuvimos a buen ritmo, y con entusiasmo, porque al pasar por entre las vacas y sus desechos estábamos encontrando ya las famosas piedritas negras, que aumentaban de tamaño conforme avanzábamos.

Da un poco de vergüenza decir que la parte más complicada fue el cruce de un riachuelo, que después de todo no fue tan ria-

chuelo ya que algunos compañeros tuvieron que rendir tributo al agua fría, al caer aparatadamente en el arroyo. Todo aquello que imaginaba acerca de esta famosa mina se confirmó al momento de caminar unos pocos metros para salir a una agradable planicie y mirar por primera vez el inmenso farallón de obsidiana. Algunas águilas planeaban sobre las montañas contiguas, y gracias a mi largavistas, que tuve la precaución de llevar, pude verlas de más cerca, aunque la verdad sea dicha nunca supe si eran águilas o gavilanes. En ese momento, lo importante para mí era que estaban aún vivas y volando a su antojo en su medio natural. Nada se compara con el hálito de vida que emana del páramo. El páramo te recibe o te rechaza y estas son opciones que uno debe aceptar ante la majestuosa imponencia de las formaciones rocosas y de la cordillera en general.

Caminar por el pajonal nunca es fácil, pero rezagados o adelantados, todos hicimos lo mejor que pudimos y todos llegamos “enteros” a contemplar el flujo y admirar la naturaleza que puede crear estos vidrios a partir de la roca fundida (magma). La obsidiana se compone básicamente de sílice y su formación se debe al violento choque del material incandescente (flujos piroclásticos) con las bajas temperaturas del entorno. En plena sierra de Guamaní y a 3900-4300 metros sobre el nivel del mar, este flujo de 8 km. de largo (aproximadamente) es uno de los más importantes de América del Sur. La obsidiana de Mullumica se caracteriza por ser negra, o café rojiza (por su componente hematítico), aunque la de este color es quebradiza y no permite controlar muy bien la fractura, al momento de la talla de artefactos. En cambio, la obsidiana de Quiscatola, otro de los flujos de la zona, es más “pura” (si se la puede llamar así) y de apariencia transparente ahumada. Aunque este flujo se encuentra en proceso de

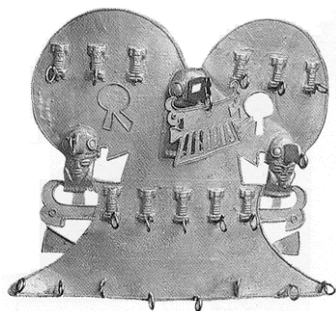
devitrificación, hay trechos con obsidiana en perfectas condiciones para ser tallada.

Estos flujos poseen obsidiana cuya composición química concuerda con la de muchos de los artefactos líticos encontrados en sitios arqueológicos del Ecuador. Al parecer, fueron trabajados inicialmente por los grupos paleoindios de la sierra, y luego por los grupos del periodo de Desarrollo Regional, que fue cuando esta materia prima llegó a la costa. Se presume que, en tiempos precolombinos, Mullumica, Quiscatola y Callejones (éste no muy estudiado aún) fueron centros de abastecimiento que alimentaban una amplia red de intercambio de larga distancia, particularmente con las tierras bajas.

Para mí, el contacto con semejante “capricho” de la naturaleza fue algo fantástico. Caminar por un valle pleistocénico, por el cual alguna vez se deslizaron los glaciares y los flujos de magma fue algo indescriptible. Por ello, no cesamos en toda la tarde de buscar y recolectar muestras de obsidiana natural, para llevarla a Quito. Poco faltó para que nos bajáramos el cerro entero, aunque esta exageración mía se debe solamente al placer de encontrar obsidiana que aún no está devitrificada como en Quiscatola.

Nuestro viaje terminó con otra pequeña complicación: el dueño de la hacienda se fue, dejando con candado la puerta de salida. Nada importante, en todo caso, que no pueda ser olvidado con un buen plato de mollejas con mote en Pifo. Regresamos a Quito cansados, pero entusiasmados ante las nuevas exploraciones que vienen a futuro para conocer la arqueología nacional.

**Visite nuestro sitio web de arqueología
ecuatoriana <arqueo-ecuatoriana.ec>**



MICROVERTICALIDAD EN EL TERRITORIO MUISCA

Felipe Sánchez

Las sociedades andinas siempre trataron de aprovechar al máximo los diferentes nichos que conformaban sus territorios. De hecho, un factor determinante en la distribución de los poblados fue las características agrícolas de las distintas zonas. Esta situación nos lleva a aplicar a la sociedad muisca el concepto de “microverticalidad” definido, originalmente, para la sierra ecuatoriana, donde el gradiente andino genera diversidad ecológica en franjas bióticas contiguas. Esto permitía, como lo señala Oberem (1976), que los habitantes de un pueblo tengan campos situados en diferentes pisos ecológicos alcanzables en un mismo día, con la posibilidad de regresar al lugar de residencia por la noche.

Desde el siglo X de nuestra era, los muisca ocuparon las planicies del ramal de la cordillera oriental colombiana, zona conocida actualmente como el altiplano cundiboyacense. Al poseer climas fríos y templados, estos territorios fueron aptos para el desarrollo de una agricultura diversificada. Por tan-

to, un patrón de poblamiento disperso les permitió tener control sobre recursos y dominar tierras de cultivo en distintos pisos térmicos.

Fuera de Ecuador, la microverticalidad agrícola ha sido aplicada para las sociedades del altiplano nariñense, la montaña santandereana, y la Sierra Nevada de Santa Marta. Respecto al territorio que ocuparon los muisca, Carl Henrik Langebaek presentó en 1987 un análisis de las pautas de asentamiento y el control de nichos ecológicos diversos, en base a estudios de archivo sobre el tema.

Los beneficios del control de pisos térmicos para la economía muisca fueron varios. Primero, un sistema de aprovechamiento del medio que permitió variar la dieta y además hacer frente a las adversidades de la naturaleza, pues, cuando perdían sus cultivos debido a granizadas y heladas en las tierras frías, recurrían a cosechas ubicadas por debajo de estos límites. Entre los productos agrícolas figuraban la piña, la ahuyama, el ají y la yuca. En muchos casos en los que la topografía de las zonas bajas se presentaba como quebrada y frágil, se desarrolló el aterrazamiento agrícola.

Las tierras altas permitieron el cultivo de productos que no se podían cultivar en las zonas bajas, como una gran variedad de tubérculos; también les permitió el almacenamiento por mucho tiempo de los productos, y un fácil acceso a las fuentes de agua sal que habían en la sabana de Bogotá, particularmente en las poblaciones de Zipaquirá y Nemocón. En los páramos, donde hay altas precipitaciones, frecuente nubosidad y gran humedad, la vida era dura, razón por la que estos fueron ocupados por temporadas con el fin de cultivar tubérculos de altura o hacer cacerías (Langebaek 1987). Las crónicas es-

pañolas señalan que los indígenas tenían por preferencia vivir la mayor parte del año en las tierras altas.

Su patrón de poblamiento se caracterizó por la existencia de aldeas estables, con asentamientos menores en diferentes sitios y continuo desplazamiento entre ellos. Este patrón a su vez estaba favorecido por rasgos propios de su dinámica social. Es evidente que la dispersión de las tierras de cultivo, el sistema exogámico y el parentesco matrilineal determinaron una gran movilidad de la población, al existir unidades políticas no constituidas por un solo asentamiento nucleado, sino por varios ubicados a lo largo de los valles. Las investigaciones llevadas a cabo en el alto valle de Tenza (Lleras, 1989) han permitido inferir que la producción agrícola era abundante en los cacicazgos de la región; incluyendo alguna forma de acceso a recursos de climas templados, como el hayo (coca) y el algodón.

Otro factor que determinaba el abastecimiento de productos de otros climas fue la sujeción entre cacicazgos, como es el caso de cacicazgos de los llanos orientales sujetos a otros ubicados en zonas más altas. La circulación de los productos estaba regulada mediante una dinámica de tributo, que aseguraba la centralización de productos en manos de ciertos caciques para su posterior redistribución.

Un hecho importante de mencionar es el concerniente a la defensa que se realizaba de las parcelas de tierra templada, puesto que los muisca estaban rodeados de tribus enemigas como los panche y muzos. Se sabe que existían “guechas” o guerreros ubicados en las zonas limítrofes, que bien pudieron ejercer la defensa de estos sembríos. Los muisca consiguieron entonces una adaptación óptima en

el medio en que habitaron. Se asentaron en un piso térmico pero también tuvieron dominio sobre otros, donde cultivaron distintos productos. Su compleja organización social y económica determinó el surgimiento de una sociedad que logró autosuficiencia alimentaria por medio de la constante circulación de productos en una y otra dirección.

SOLO PARA PRIMITIVOS

La inferencia arqueológica requiere, a menudo, el conocimiento de tecnologías primitivas. En nuestro mundo actual de alimentos enlatados o pre-tratados, o de artefactos simples que se encuentran ya fabricados en un supermercado, las tecnologías de antaño han quedado simplemente olvidadas. Hay gente, sin embargo, que todavía practica modos de vida primitiva y que, afortunadamente, han construido “blogs” para compartir sus experiencias con los interesados. Por ejemplo, en < livingprimitively.com >, el lector puede aprender destrezas, como limpiar un pescado, desplumar y cocinar un pájaro, o descarnar la pata de un animal con ayuda de sus manos o de los instrumentos más elementales.

En < primitiveways.com > puede aprender a producir fuego con taladros de arco o de mano, fabricar un arco o un propulsor de flechas, procesar pieles, hacer cuerdas a la mano, manufacturar artefactos de piedra, construir hornos primitivos, etc. Recuerde, además, que cada blog tiene, de ordinario, *links* a otros blogs similares, que pueden expandir su conocimiento hasta límites comerciales. ¿Qué tal una compra on-line de una punta de Folsom, o de un retocador de artefactos líticos hecho en cuerno de reno?



ARQUEOLOGÍA, PATRIMONIO E IDENTIDAD

Estanislao M. Pazmiño T.

La discusión sobre identidad ha ido cubriendo mayores espacios en los debates concernientes a la modernidad. Vista como parte del proceso histórico, la identidad nos remite necesariamente a la concepción de un pasado que ha venido aportando a la construcción de la imagen de grupo. En este contexto, los trabajos provenientes de varias ramas de las ciencias sociales, entre ellas la arqueología, contribuyen al desarrollo del tema.

No obstante, un problema que surge, al trabajar sobre identidad, es la facilidad con que ésta puede ser manipulada desde una reinterpretación de los procesos históricos. Aquí, por ende, cabe plantearse dos interrogantes: ¿sobre qué nociones de pasado se trabaja la identidad? y ¿cuál es el uso que se le da al discurso histórico?. Las soluciones se encuentran inmersas en el manejo político. Las interpretaciones que se le dan al pasado responden a los intereses que defienden los diferentes sectores sociales; de este modo el discurso histórico puede ser usado como arma para legitimar políticas que conllevan la reafirmación de una identidad. Para ello, en ocasiones, se ha recurrido a la interpretación arqueológica, como lo ejemplifica Ian Hodder (1990:15) cuando resalta que “...alrededor del planeta la arqueología esta siendo usada con mayor fuerza por naciones emergentes y minorías étnicas para legitimar sus peticiones de tierra o validar su existencia política contemporánea.”

Vemos, entonces, cómo trabajos de índole arqueológica son utilizados en muchos casos para la sobre-exaltación de elementos pasados con un fin político, lejos de las interpretaciones fundadas en la objetividad de los datos. El simbolismo que se encuentra en los restos arqueológicos, los bienes patrimoniales y en los hechos históricos mismos, ha sido reemplazado por la interpretación que se le da desde diferentes sectores. Y es que, al igual que la idea de arqueología se remitió a los objetos, “...el concepto de patrimonio cultural se restringió a la restauración, reconstrucción, consolidación y modificación de edificios (...), a tal punto que una arqueología de la vida cotidiana de los sitios ha sido desechada” (Maggiolo 1999). Por tanto, percibimos que lo importante no es la historia ni el simbolismo que está detrás, sino la imagen de la fachada o el objeto. El valor

inconmensurable que los grupos de poder asignan a los objetos se vuelve fuente de consenso general, pese a las distintas formas de apropiarse del patrimonio que poseen los distintos sectores de una población (García Canclini 1990).

La idea contemporánea del pasado “no envuelve una secuencia, historia o evolución” (Hodder 1990). Ahora, al parecer, ya no es necesario asumir el pretérito en su contexto, surgido de una práctica investigativa; basta con interpretar y crear el pasado que queremos o deseamos. Las personas no se conectan con un pasado, sino con los fragmentos del pasado que les interesa. El pasado ha sufrido una materialización, una comercialización; hoy en día el pasado “vende”.

En el país, la conformación de una historia, a partir de la arqueología, ha estado colmada de una serie de falacias y construcciones erróneas (ejemplos de ello nos encontramos en el trabajo de Salazar 1995). Así, desde el insostenible Reino de Quito, hasta los muy de moda observatorios astronómicos (Cochasquí, Catequilla, Tulipe, etc.), se ha tratado de generar una imagen que incentive el nacionalismo. El inconveniente está en torno a *quiénes* manejan e interpretan los vestigios arqueológicos y a *cómo* lo hacen. Muchas historias caen en invenciones fantasiosas, en gran parte debido al espacio cedido por la escasa práctica arqueológica profesional, en la que una arqueología esencialmente descriptiva e incapaz de resolver problemas teóricos de interés cultural, no ha encontrado las formas adecuadas de conexión con la comunidad. De esto se han valido filibusteros culturales que le han dado un tinte comercial al pasado, vendiendo interpretaciones de moda (acaso *new age*), que encuentran acogida en turistas que buscan lo exótico o en una so-

ciudad ansiosa por descubrir lo que hubiera deseado que fuera su pasado.

En este ámbito se han concebido proyectos municipales empeñados en la recuperación, restauración y conservación de bienes patrimoniales, como una manera de apropiarse de espacios históricos sobre los cuales se inventan historias acordes a sus propósitos (Itchimbía gran centro ceremonial y observatorio astronómico, etc); museos que realzan el valor de los objetos por encima de los contextos; arqueólogos que ya no excavan, sino estudian colecciones particulares o de museos generalmente adquiridas del mercado negro; y por último “para-arqueólogos” jugando a ser arqueólogos, excavando o, mejor dicho, destruyendo sitios arqueológicos. Es notorio que aún no se comprende, en términos reales, en qué consiste la arqueología y en qué consiste el patrimonio cultural.

¿Cómo podemos entonces hablar de una arqueología que aporte a la identidad? ¿Hasta cuándo podemos seguir oficializando historias falaces con el pretexto de fortalecer la identidad? No podemos permitir que ciertos grupos continúen inundando con mentiras a la colectividad, solo con el afán de responder a sus intereses. Hay que encontrar un punto de equilibrio entre un discurso arqueológico moderado y las expectativas de la comunidad respecto al pasado. Caso contrario, el pasado construido como ajeno, aunque se presenta como una imagen real de lo ancestral, no es más que un espejismo dispuesto a saciar cualquier sed de pasado como cimiento en falso de la identidad.

[Ilustración de Miguel Vidal, tomada de *Nueva Crónica del Perú, siglo XX*, de Pablo Macera y Santiago Forns, 2000, Fondo Editorial del Congreso del Perú, Lima].



ATANDO CABOS

Ernesto Salazar

Estoy leyendo el periódico, cuando mi hija Roxana (ficticia, por si acaso) irrumpe en la cocina y se deja caer exhausta en la silla. El Indy (nuestro Canis familiaris) se acerca a lamerle las manos...

P. Hola, Roxie.

R. Hola, papi. Uuuuff, vengo muy confundida. Tuvimos clase sobre el contexto arqueológico.

P. Te entiendo, hija. Es el concepto más elusivo, más ambiguo, más equívoco, más contradictorio, pero también el más relevante de la arqu...

R. Ay, déjate de adjetivos. Dime qué es el contexto arqueológico.

P. Verás. Es como si en una excavación arqueológica encontráramos una piedra quemada, unos huesos rotos, un pedazo de

R. No era, papi, que jamás se definía un concepto con ejemplos?

P. Ok. Ok. El contexto es el entorno deposicional o cultural de un artefacto, incluyendo la red de relaciones con otros objetos que le dan significado simbólico.

R. Estás peor que mi profesor. Habrá alguien que pueda poner “en cristiano” tanto discurso abstracto?

P. Bueno, fijate en la mesa. Hay un tenedor, una cuchara, un plato no consumido totalmente, un vaso, granos de arroz fuera del plato, un salero. ¿Piensas que hay algo raro en esta mesa?

R. No. Parece que todo está en orden.

P. ¿En orden? El vaso está virado, el mantel arrugado, el jugo derramado ...

R. Lo sé, pero así puede quedar una mesa luego de que alguien –sobre todo *alguien*, se haya servido una comida.

P. Sin embargo, ayer me reprochaste que ponga el cepillo de dientes en la mesa, mientras comías.

R. Obviamente, papi. Y no me hagas recordar tu falta de urbanidad. Era simplemente inaceptable que pongas el cepillo de dientes junto a los cubiertos.

P. ¿Por qué?

R. Porque el cepillo no *va* con los cubiertos, papi !!! Eso lo sabe cualquiera que se haya sentado a una mesa de comer, excepto un primitivo como tú.

P. Gracias por lo que me toca. Sin embargo, recuerda que, en honor de la esposa bactriana que tomó Alejandro Magno (mi idolo de la historia), este primitivo te dio el fulgurante nombre que tienes. Y lo hice, además, contradiciendo seriamente a tu abuela, que anduvo tres meses por el barrio quejándose que te había puesto nombre de jabón.

R. Je, je, lo sé, papi, pero no te salgas por la tangente. Volviendo a lo *n-u-e-s-t-r-o*, qué tiene que ver la mesa del comedor con el contexto arqueológico?

P. Mucho, hija. Cuando excaves un sitio arqueológico vas a encontrar en el piso de ocupación un mundo de cosas por aquí y por allí:

piedras, tuestos, huesos, artefactos que jamás has visto en tu vida...

R. ¿A qué viene eso?

P. A propósito, ¿quien es ese muchacho que te llama por teléfono a cada rato?

R. Es que no veo la relación de los cubiertos con el piso de ocupación.

P. Ahí está el problema. Si en el piso de ocupación tuvo lugar una comida, tendrías que dilucidar, qué artefactos hicieron de cubiertos, platos, etc.

R. O sea, quieres que *yo* ponga todo eso en contexto...

P. Eso, eso, como decía el Chavo del Ocho. Las cosas no tienen contexto, a no ser que tú lo pongas.

R. Lo que me faltaba...

P. Los artefactos *per se* no tienen ninguna información, hija, o muy poca. Mira la mesa. Si a los artefactos les pones en contexto, entonces tú sabrás que aquí comió una persona, que estaba sin hambre o de prisa, porque dejó medio plato intacto. Por las pepas del vaso, puedes asumir que tomó jugo de mora. Además, estaba compartiendo la comida con un perro...

R. ¿Cómo así?

P. Fíjate en el suelo; hay arroz derramado, como si el comensal le hubiera alimentado al animal dándole arroz en la palma de su mano.

R. Ah, pues, entonces tú comiste en esta mesa: solo tú haces cosas cochinas.

P. Shhh, no tienes que apuntarme con el dedo, hija.

R. Es que sólo juntando estos detalles y relacionándolos, puedo inferir que tú comiste en esta mesa.

P. “Inferir”, me gusta esa palabra. Ese muchacho... ¿tiene trabajo?...alguna profesión?

R. Ves, papi, que las cosas *per se* sí tienen información?

P. Qué va, hija. Toma los cubiertos y la vajilla y llévalos al Museo. Algun día los exhibirán en fila junto a otras vajillas y artefactos similares. Y los visitantes del futuro nunca

sabrán que con esos artefactos comí arroz con jugo de mora, convidando un poco al Indy. Y respecto a las otras vajillas, nadie sabrá que con una a lo mejor envenenaron a un rey, y con la otra el presidente Chávez celebró el décimo aniversario del Banco del Sur.

R. Entonces ¿para qué sirven los museos?

P. Buena pregunta. Pero eso de que sirven para guardar la memoria histórica de los pueblos debe ser puesto en entredicho.

R. No exageres, papi.

P. No lo hago. Si por un acto de magia se destruyeran todos los sitios arqueológicos del país, sería simplemente imposible reconstruir nuestra memoria histórica sólo a partir de las piezas de los museos.

R. Mmm. No lo había pensado. En todo caso, ha sido una interesante discusión.

P. Ojalá, Roxie. Y que esto te ayude a ser más ordenada en tu vida.

R. Uuuuff, papi, ya vas a comenzar...

P. Es que ayer te llamaron por teléfono, y cuando fui a contestar no encontré el aparato; al menos no estaba en la base plástica, donde *debe* estar.

R. Está bajo la almohada, para contestar rápido si me llaman.

P. El teléfono *va* con la base de plástico, hija, porque allí se aloja mejor. Oye, ¿ese joven pertenece acaso a las filas de Alianza País?

R. Papi, para mí, el teléfono no *va* con la base, sino con la almohada.

P. Entonces, me da la impresión, hija, que tú y yo tenemos diferentes contextos para las cosas.

R. Papi, todo quedó ya claro; no compliques más las cosas.

P. Es que si tú estás en lo correcto, me temo que debemos buscar en las excavaciones arqueológicas contextos y subcontextos.

R. (Dios mío, para que hablé de este asunto con mi papi...).

P. De cosas de un contexto que pueden formar parte de otros contextos.

R. Sí, papi.

P. De un contexto general, que se compone de varios subcontextos.

R. Sí, papi.

P. Por ejemplo, te habrás fijado que tu mami tiene siempre un jarro junto la computadora, porque toma café cuando trabaja. O sea que el jarro está en contexto con la compu. En cambio, tú

R. Sí, yo tengo el vaso de agua junto la compu, así como tu tienes siempre una funda de mote con chicharrón.

P. Hija, más respeto con el papi. Cuando se escribe para el público, hay una discreción elemental que debe ser siempre mantenida. Tus comentarios me pueden hacer daño, y sólo Dios sabe que no son ciertos.

R. Claro, papi.

P. En todo caso, ahí tienes un buen ejemplo de cómo unos artefactos (y añadiré “otras substancias”), que son indudablemente de un contexto de cocina, están formando nuevos contextos, nada menos que con los íconos de la tecnología occidental, la compu y la impresora.

R. Tienes razón. Pero ¿cómo saberlo cuando me enfrente al registro arqueológico? Tú te pasas sólo hablando de los artefactos de nuestra cocina, que los conocemos desde hace años.

P. Primero debes usar el sentido común; sin él ni siquiera puedes ser arqueóloga. Una casa es abandonada, entra al dominio “arqueológico” y comienza su destrucción paulatina, a lo largo de siglos o milenios. O sea, le cae el techo, le atraviesa un río, se caen los muros por un temblor, un derrumbe se lleva parte de la construcción, la lluvia y el viento erosionan el piso y mezclan los artefactos, o los objetos mejor conservados son removidos por huaqueros inescrupulosos, etc, etc. Cualquier cosa le puede pasar a un sitio arqueológico. Mas bien diría que esos “infortunios” son parte de su proceso de formación.

R. Mas bien deberías decir “deformación”.

P. Sí, es otra manera de entenderlo, aunque esa deformación no debe ir demasiado lejos.

Un sitio arqueológico, para ser considerado como tal, debe tener algún contexto general: recintos con muros, áreas de actividad más o menos discernibles, diferencias espaciales en los tipos de artefactos, etc. Y con lo que acabo de decirte, es más probable que sólo encuentres pequeños subcontextos, como un fogón, un taller, restos de vajilla, donde tu puedes hacer razonamientos similares a los que hemos hecho con la vajilla de nuestra cocina. Ah, el joven ... ¿tiene automóvil?

R. ¿Y esos tuestos precolombinos que encontramos una vez botados en un estero del río Napo?

P. Buen ejemplo. Ahí tienes varias opciones, la primera, que el estero es de formación reciente y está poniendo a luz un sitio arqueológico; la segunda, que los tuestos fueron arrastrados de más arriba por la lluvia, la tercera, que una señora precolombina fue a traer agua, se cayó de nalgas, y rompió la olla. Sólo en el tercer caso, se considera que tenemos un sitio arqueológico. Sin embargo, hasta saber qué ocurrió, realmente, el lugar se considera un “no-sitio”, o sea, un sitio probable.

R. Papi, me encantan los juegos de la inferencia arqueológica: acicatean la imaginación. Pero, ¿y si no reconozco nada de lo que estoy descubriendo?

P. Para eso también hay soluciones. A veces encontramos en los sitios arqueológicos concentraciones de materiales que no sabes si tienen o no correlaciones significativas. Las llamamos rasgos, eventos o con el término inglés de *features*. En este caso, simplemente registras la concentración como un todo (obviamente con su ubicación precisa en el piso ocupacional y en la estratigrafía), y la llevas al Laboratorio donde el examen de cada elemento te ayudará a ver si tienes un contexto arqueológico, o solamente una concentración

participantes discutan sobre el problema, sino que la estructura de la conversación misma sea relevante para el tema propuesto. De paso, su metálogo “Why do things get in a muddle” es muy relevante para el asunto propuesto en el mío.

EVENTOS

En septiembre, en el Centro Cultural de la PUCE, el Laboratorio de Arqueología realizó un evento cultural con ocasión del comienzo año lectivo 2007-2008. En primer término, se dictó una conferencia intitulada *7.355 Km. en bus... Arqueología de los Andes Centrales*, a cargo de los estudiantes del Laboratorio David Verdesoto, Dayuma Guayasamín, Byron Ortiz, Dolores Urrutia, Catherine Lara, Anita Belén Zambrano, Christian Brito, y Estanislao Pazmiño. Así mismo, se realizó el acto formal de entrega-recepción de un lote de libros donados al Laboratorio, por parte del Señor Embajador Alejandro Suárez, Director Cultural de la Cancillería ecuatoriana. Finalmente, se presentó el Boletín de Arqueología *Apachita 11*.

Del 5 al 9 de noviembre, en Manaos, Brasil, tuvo lugar el Primer Seminario Internacional de Gestión del Patrimonio Arqueológico Pan-Amazónico, con la participación de arqueólogos y gestores de patrimonio de los países amazónicos. Por el Ecuador participó el arqueólogo Ernesto Salazar con dos ponencias: “Patrimonio arqueológico de la región amazónica ecuatoriana”, y “Arqueología de rescate en la Amazonia ecuatoriana”.

El 14 de noviembre, el arqueólogo colombiano Gerardo Ardila dictó a los estudiantes de Arqueología de la PUCE la conferencia

producto de una disturbación posterior al abandono del sitio.

R. Vaya, te está viniendo la elocuencia. Aún así, no me parece que sólo mirando el *feature* venga el contexto con la velocidad de un mal pensamiento.

P. Hay metodologías que pueden ayudar en el asunto. Las correlaciones estadísticas, por ejemplo. Los artefactos que forman grupos específicos aparecen o desaparecen conjuntamente, o cuando aparece el uno el otro desaparece. Si tienes 16 cucharas y 15 cuchillos es altamente probable que tengas por allí o que tuviste al menos 16 tenedores. Como ves, hay artefactos que covarian en la misma dimensión que otros ...

R. Sí, claro, de la misma manera que tu presencia en la cocina “covaría” con la del Indy.

P. ¿Debo entender por estos comentarios tuyos que te estás aprovechando de este metálogo para que la gente se entere de mis “intimididades” culinarias? ¿o es que realmente estás agarrando el *quid* del contexto arqueológico?

R. Ay, papi, lo segundo, pues, naturalmente.

P. Por otro lado, la arqueología experimental y la etnoarqueología han hecho importantes avances en ...

R. (Uuuff, otra clase más!). Bueno, papi, creo que me has aclarado ya bastante el panorama.

P. Me alegro mucho, hija. ¿Tendrá buenas intenciones el joven príncipe azul?

R. Papi!!!

P. Roxana!!!

R. ESTAS FUERA DE CONTEXTOOOO!!!

P. *Ooops...*

** Este “metálogo” esta inspirado en los que escribiera Gregory Bateson en la década de 1950. El lector los puede encontrar juntos en “Steps to an Ecology of Mind” (Ballantine Books, New York, 1974). Según Bateson, un metálogo es una conversación sobre algún tema problemático. La conversación debe ser llevada de tal manera que, no solo los par-*

sobre el tema: “Arqueología y sociedad en la Goajira colombiana”.

El 28 de noviembre, en conmemoración de los 80 años del Banco Central del Ecuador, se inauguró en el Museo de la institución la exposición “Ecuador: hitos de su pasado precolombino”. Circula catálogo de autoría de Santiago Ontaneda.

El 11 de diciembre, en el Café Libro, se realizó un conversatorio sobre “Arqueología e identidad”, con los siguientes panelistas: Javier Andrade (ONG), Francisco Valdez (IRD), Ernesto Salazar (PUCE), y Alexandra Yépez (Ministerio de Cultura).

El 13 de diciembre, El Dr. Roberto Lleras, del Museo del Banco de la República, Colombia, dictó en el Museo del Banco Central, Quito, una conferencia sobre “El trabajo del platino en el antiguo Ecuador”.

NOTICIAS FRESCAS

10.000 sitios arqueológicos en peligro

Sitios antiguos e históricos de la línea costera escocesa corren peligro de ser destruidos por las tempestades y la subida del nivel del mar que, sin duda, acompañarán al calentamiento global. Según Rob Edwards, entre los sitios amenazados se encuentran el asentamiento neolítico de Skara Brae (en Orkney) y las ruinas prehistóricas de Jarlshof en Shetland, además de barcos funerarios vikingos, sitios de la Edad del Hierro, y basurales mesolíticos. Recientes reconocimientos revelan que los vestigios de comunidades de hasta 9000 años de antigüedad podrían perderse por la erosión acelerada de las costas. Tom Dawson, arqueólogo de la Universidad de St. Andrews dirige el grupo SECAPE (siglas in-

glesas del programa “Scottish Coastal Archaeology and the Problem of Erosion”), establecido en 2001 para proteger los sitios de las antiguas costas escocesas. Su tarea es de investigar con la ayuda de otros grupos el estatus de los sitios arqueológicos. El investigador estima que 10 000 sitios corren peligro. Por cierto, es imposible que todos sean salvados, pero los estudios anticipados de los más importantes pueden ayudar a conservar una parte de la memoria histórica de Escocia (Sunday Herald, October 2, 2007).

Comida rápida en tiempos de los romanos

En nuestro imaginario, las comidas romanas eran opíparas actividades con comensales cómodamente sentados en lechos o divanes. Bueno, esto era en parte cierto, pero para las élites. La arqueóloga Penelope Allison (Universidad de Leicester) ha descubierto que la mayoría de la población prefería la comida “al paso”. Allison ha excavado un barrio entero de Pompeya, la ciudad destruida por la erupción del Vesubio en 79 A. D. En las casas había una notoria falta de vajilla y de comida formal, y de áreas de cocina; mas bien un plato por aquí y por allá que sugieren que la comida se efectuaba en lugares poco usuales, como el dormitorio, de la misma manera que nuestros niños llevan su plato a su habitación para comer viendo la televisión o jugando en la computadora. Decididamente, la idea de que los miembros de la familia deben reunirse para comer juntos, no era romana. Por otro lado, el profesor Stephen Dyson (Universidad de Buffalo) asegura haber encontrado en Pompeya y otros lugares de la Antigua Roma numerosos restaurantes de comida rápida, una especie de combinación de “Burger King y pub británico o bar español de tapas”. Abiertos hacia la calle, estos restaurantes alimentaban al siempre nu-

meros flujo de artesanos, tenderos, tejedores y otros, que no reparaban en mayores comodidades para su alimento diario (Jennifer Viegas, Discovery News, junio 18, 2007).

Colección de Bingham será devuelta

Como corolario a la disputa surgida entre Perú y la Universidad de Yale, USA (Cf. Apachita 6:14) sobre la propiedad de la colección de Hiram Bingham, descubridor de Machu Picchu, nos place informar que los litigantes han llegado a un acuerdo final: el Perú construirá, en el Cuzco y con soporte técnico de la Universidad de Yale, un museo y centro de investigación para los 4000 artefactos a devolverse, luego de una exposición internacional itinerante. El museo abrirá sus puertas en 2011, con motivo del centenario del descubrimiento de Bingham de este monumento recientemente declarado maravilla del mundo (AFP, septiembre 17, 2007).

Muerte en Cuélap

Según reporte de Alfredo Narváez, Director del Proyecto de Conservación y Restauración del Complejo Arqueológico de Cuélap, Chachapoyas, Perú, se han descubierto recientemente los restos de 80 individuos, que muestran evidencia de muerte rápida y violenta. Los cuerpos pertenecen a individuos de ambos sexos y de todas las edades que aparentemente murieron junto a sus utensilios cotidianos, dispuestos sin orden ni concierto, como si hubieran muerto súbitamente en el lugar donde se encontraban. Para una cultura, como la chachapoya, que momificaba y enterraba a sus muertos con gran ritual, en cuevas, en paredes y bajo el suelo, el hallazgo sugiere un evento traumático, como una epidemia o el asalto de la fortaleza (¿de los incas

o de los españoles?), que impidió la inhumación adecuada de los muertos. El análisis forense de la evidencia estará a cargo de arqueobiólogos, como Marla Toyne (Tulane University), asociada por varios años al proyecto de Narváez. La cultura chachapoya de los “guerreros de las nubes” floreció en la selva nublada de la amazonia peruana entre los siglos IX y XV de nuestra era (Kelly Hearn, National Geographic News, septiembre 26, 2007).

La cultura madre de Mesoamérica?

En Tamtoc, selva huasteca, se ha descubierto el monolito de una mujer poderosa flanqueada por dos mujeres más pequeñas, decapitadas. Un chorro de líquido fluye de las mujeres decapitadas hacia la mujer del centro. Al parecer se trata de sacerdotisas, cuyo líquido representa la fuerza de la vida, mientras la mujer del centro representa la Madre Tierra. La recurrencia del número 13 en el monolito sugiere que se trata de un calendario lunar. Su cronología parece ser de 600 a.C., dos mil años más antigua que el calendario azteca (1400 AD). Tamtoc fue habitado por un pueblo sofisticado que gozaba de un alto estandar de vida, con uno de los más sofisticados sistemas hidráulicos de Mesoamerica. La piedra esculpida sugiere una cultura en la que las mujeres desempeñaban roles de gobernantes, sacerdotisas y guerreras, representaciones que aparecen por toda la región de Potosí. Otra mujer decapitada y esculpida en un bloque de caliza, lleva puntos en relieve en brazos y piernas, correspondiendo con el número de días del calendario lunar. Ahora los arqueólogos se preguntan si los protohuastecas jugaron ya un mayor papel en el desarrollo de Mesoamerica, o si un grupo llamado Cultura Madre dominó primero en la

región (Tracy L. Barnett, Express News; 11 octubre 2007).

La ciudad más vieja de Europa

En el puerto español de Cádiz, los arqueólogos han encontrado los restos de la ciudad más antigua de Europa, la fenicia Gadir que, posteriormente, se convertiría en la Gades romana. En el centro histórico de Cádiz, a 9 m. de profundidad, se han encontrado restos de muros, asociados con jarras, cuencos y platos de estilo fenicio. Las excavaciones continúan para ver si estas casas pertenecen realmente a la antigua ciudad. Los comerciantes fenicios fundaron Cádiz hace 3000 años. Los marineros de Tiro (actual Líbano) establecieron Gadir como un punto de tránsito para los minerales de las minas del Río Tinto (más al norte). Los romanos transformaron a Gadir en Gades, instalando allí una base naval. Aunque hay otros lugares que se disputan el honor de haber sido la antigua Gadir, los arqueólogos tienen confianza de que el lugar excavado corresponde al de la ciudad fenicia (Elizabeth Nash, Independent Online, Mathaba.net, 10, octubre 2007).

Palabra de coronel

En mayo de 2006, en su acostumbrado programa *Aló, Presidente*, el presidente Hugo Chávez ofreció apoyar económicamente las investigaciones arqueológicas en Tiahuanaco, Bolivia. En octubre pasado, el presidente boliviano Evo Morales confirmó el cumplimiento de la oferta de su colega que ha otorgado un fondo de \$500.000 para las investigaciones mencionadas en el centro ceremonial de una de las culturas más antiguas de Sudamérica (400 a C – 1175 A.D.). Lo que es

tener amigos... (Eluniversal.com, 11 octubre, 2007).

Los hobbits tenían industria lítica

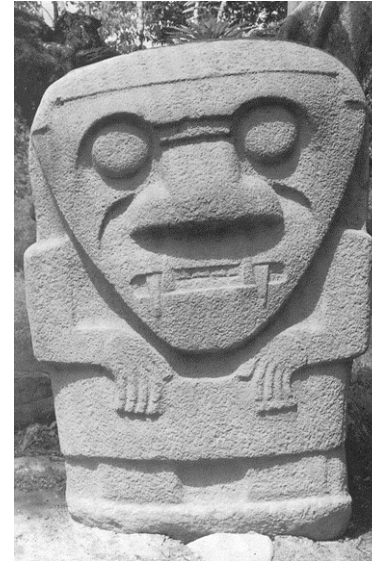
Investigadores indonesios y australianos están estudiando patrones de descarte y uso de unos 100 artefactos líticos, encontrados con los restos del pequeño *Homo floresiensis*. Los “hobbits”, como se los llama en la literatura de divulgación, pueden haber tenido brazos largos y cerebros pequeños, pero habían desarrollado una tecnología lítica lo suficientemente eficaz para descarnar animales, como el *Stegodon* (elefante pequeño), los dragones komodo e inclusive ratas grandes. Al parecer no fabricaban puntas de proyectil líticas, pero usaban sus artefactos de piedra para fabricar lanzas con puntas endurecidas por el fuego y procesar plantas fibrosas. Según la arqueobotánica Dra. Carol Lentfer, la evidencia proviene de lascas y guijarros de niveles arqueológicos de 12.000 a 55.000 años de antigüedad. Aparentemente, los hobbits eran tanto carroñeros como cazadores de animales jóvenes o pequeños. Su dieta era complementada con frutas, tubérculos, hojas y nueces, que no necesitaban preparación alguna (octubre 9, 2007, Leigh Dayton, The Australiannews.com).

Donación

El Laboratorio de Arqueología agradece a la Cancillería de Ecuador por la donación de un lote de libros para consulta de los estudiantes de Arqueología.

Visite nuestro sitio web de arqueología ecuatoriana <arqueo-ecuadoriana.ec>

CULTURAS PRECOLOMBINAS 3



LA CULTURA DE SAN AGUSTIN

Gabriela López

La cultura colombiana de San Agustín ocupó los territorios ubicados alrededor del valle del Alto Magdalena y el Macizo Colombiano, al sur del país, entre los años 200 A.C. y 800 D.C., que es su época de mayor esplendor. Su territorio, extendido hasta la parte sur del Departamento de Huila, el este del Cauca y el norte de Caquetá, se caracteriza por la confluencia de variados paisajes con diferentes condiciones climáticas y, por ende, múltiples recursos naturales. La región fue descubierta en 1537 por el español Francisco

García de Tovar, causando admiración y sorpresa entre los conquistadores, que creyeron haber encontrado otro México, por la abundancia de vestigios monumentales que encontraban por doquier.

La lista de viajeros y estudiosos de la cultura de San Agustín es muy larga, contándose entre ellos Fray Juan de Santa Gertrudis, Francisco José de Caldas, Agustín Codazzi, José María Gutiérrez de Alba, Karl Theodor Stöpel, Konrad Theodor Preuss, Francisco Lunardi, José Pérez de Barradas, Guillermo Hernández de Alba, Luis Duque Gómez, Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, Julio César Cubillos, Alvaro Chávez, Mauricio Puertas, Héctor Llanos, y varios arqueólogos asociados con la Universidad de Pittsburgh. La información obtenida, a veces contradictoria, va desde observaciones de paso sobre el terreno hasta excavaciones arqueológicas sistemáticas. Visiones de conjunto pueden obtenerse de *San Agustín, a Culture of Colombia* (Gerardo Reichel-Dolmatoff, 1972, Praeger, New York) y de *Los chamanes y los jaguares de San Agustín. Génesis de un pensamiento mitopoético* (Héctor Llanos Vargas, 1990, Cuatro y Cía., Bogotá).

Las principales características de la cultura material de San Agustín son montículos, sitios aterrazados, tumbas megalíticas y esculturas líticas. Reichel-Dolmatoff ha establecido para la época clásica de San Agustín, dos complejos cerámicos: Horqueta Primavera (200 a.C.-0 a. C.) e Isnos (0-400 d. C.). Las ocupaciones posteriores corresponden a las de los caciques Yalcones y acaso la cultura Santana. La metalurgia estuvo también desarrollada en orfebrería de gran calidad como pectorales, brazaletes, diademas, narigueras, etc.

Mucha información cultural proviene de la iconografía de las estatuas de piedra.

Preuss (1974) sugiere que San Agustín debió estar contituido por una población más o menos densa capaz de proveer la fuerza necesaria para remover y tallar las piedras de sus monumentos. Las figuras, con mazas largas en sus manos, o con instrumentos que sirvieron para tallar las estatuas (martillos, cinceles largos) nos dan imágenes de artesanía y de actividades de caza, pesca y también agricultura, desarrollada en torno al cultivo de maíz. La vestimenta de ciertas figuras sugiere que las mujeres llevaban una falda corta, sostenida por un cinturón. Usaban, además, adornos en ciertas partes de su cuerpo, como en las orejas, y ciertos individuos llevaban collares que pudieron haber representado rangos de superioridad social. Muchas veces se representan figuras de guerreros con sus armaduras, y se sabe que utilizaron mazas, dardos y piedras para su lucha con otros pueblos.

La arquitectura funeraria refleja el mundo mítico de esta población controlada por shamanes. Entre los sitios más reconocidos y admirados se encuentran la llanura de las Matanzas, Uyumbe, Moyas, Lavapatas. Las monumentales figuras de estos lugares son de seres que pertenecen a un mundo imaginativo y místico, constituyendo en conjunto una representación muy centrada en la forma de concebir el mundo y de adaptarse a su medio natural. Preuss (1974) habla del elemento religioso que aparece en cada una de las figuras, vislumbrado por los más mínimos detalles, como las diferentes formas de representar los ojos, las orejas, la nariz. Además es clara la fusión con imágenes de animales, entre los más importantes, búhos, águilas, monos, serpientes, sapos; aunque el jaguar es el animal que más atención ha concitado en los estudiosos de esta cultura. La representación de felinos es muy común, sobre todo en cuanto a la parte de la boca y los colmillos, como ha señalado Reichel-Dolmatoff. No queda duda de la majestuosidad de esta cultura, que ha

dejado para nuestros tiempos la expresión más floreciente y significativa de sus cualidades, permitiéndonos conocer, no sólo parte de su vida material, sino también sus creencias y su ideología, su forma de ver el mundo. Hoy, San Agustín es uno de los parques arqueológicos emblemáticos de Colombia.

K. TH. Preuss, 1974, *Arte Monumental Prehistórico*, Dirección de Divulgación Cultural, Universidad Nacional, Bogotá. Gerardo Reichel-Dolmatoff, 1972, *San Agustín, a Culture of Colombia*, Praeger, New York; 1975, *Estratigrafía Cerámica de San Agustín, Colombia*, Biblioteca del Banco Popular, Bogotá. Luis Duque Gómez, y Julio Cubillos, *Arqueología de San Agustín: Alto de los Idolos, montículos y tumbas (1979)*, *La Estación (1981)*, *Exploraciones y trabajos de reconstrucción de las Mesitas A y B (1983)*, *Alto de Lavapatas (1988)* todos publicados por la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá. Héctor Llanos Vargas, 1990, *Proceso Histórico de San Agustín en el Valle de Laboyos (Pitalito-Huila)*; 1995, *Montículo funerario del Alto Betania (Isnos). Territorialidad y espacio de los muertos en la cultura de San Agustín*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá; 1995, *Los chamanes y los jaguares de San Agustín. Génesis de un pensamiento mitopoético*, Cuatro y Cia., Bogotá. Leonardo Moreno, 1991, *Arqueología de San Agustín: pautas de asentamiento agustinianas en el noroccidente de Salado blanco (Huila)*; 1995, *Arqueología de San Agustín: patrones de poblamiento prehispánico en Tarqui, Huila*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá. José Pérez de Barradas, 1943, *Arqueología Agustiniana*, Ministerio de Educación, Bogotá. Gregorio Hernández de Alba, 1978, *La cultura arqueológica de San Agustín*, Carlos Valencia Editores, Bogotá. Julio César Arro-

yave, 1942, *La Gran Cultura Protohistórica del Alto Magdalena*, Medellín. Agustín Codazzi, 1863, *Ruinas de San Agustín*, Bogotá. Luis Rengifo, 1962, *El águila monolítica de San Agustín*, Bogotá. María Luisa Sotomayor y María Victoria Uribe, 1987, *Estatuaria del Macizo Colombiano*, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.



CIRCULANDO

Adovasio, J. M., Olga Soffer & Jack Page, 2007, *The invisible sex. Uncovering the true roles of women in Prehistory*. Smithsonian Books, New York.

Allan, Tony, 2004, *The archaeology of the afterlife. Deciphering the past from tombs, graves and mummies*, Duncan Baird, Londres.

Bahn, Paul, ed. 2002, *Written in Bones. How human remains unlock the secrets of the dead*. David & Charles, Devon.

Baxter, Stephen, 2004, *Ages in chaos. James Hutton and the discovery of deep time*, Forge Books, New York.

Burgos Guevara, Hugo, 2007, *Recorrido por el Quito prehispánico*. Universidad Internacional del Ecuador, Quito.

Fagan, Brian, ed., 2007, *Discovery! Unearthing the new treasures of Archaeology*, Thames and Hudson, Londres.

Feder, Kenneth L., 2003, *The Past in perspective. An introduction to human prehistory*, Third edition, McGraw Hill, New York.

Fine-Dare, Kathleen S., 2002, *Grave Injustice. The American Indian Repatriation Movement and NAGPRA*. University of Nebraska Press, Lincoln.

Hyland, Sabine, 2007, *The Quito manuscript. An Inca history preserved by Fernando de Montesinos*, Yale University Publications in Anthropology, Number 88, Yale University Press, New Haven.

LeBlanc, Steven A., with Katherine E. Register, 2003, *Constant battles. The myth of the peaceful, noble savage*. St. Martin's Press, New York.

Marín de Terán, Luis, e Inés del Pino Martínez, 2005, *Algunas reflexiones sobre el Ecuador prehispánico y la ciudad inca de Quito*, Junta de Andalucía, Centro de Estudios Quito-Ecuador, Sevilla, Quito.

Negev, Avraham, y Shimon Gibson, 2001, *Archaeological Encyclopedia of the Holy Land*, Revised and updated edition, Continuum, New York.

Olivas Weston, Rosario, 2006, *La cocina de los Incas. Costumbres gastronómicas y técnicas culinarias*, Universidad San Martín de Porres, Escuela Profesional de Turismo y Hostelería, Lima.

Peregrine, Peter H., 2001, *Archaeological Research. A brief introduction*. PrenticeHall, Upper Saddle River, NJ.

Plazas, Clemencia, 2007, *Vuelo nocturno. El murciélago prehispánico del Istmo centroamericano y su comparación con el murciélago tairona*. FIAN / CEMCA, Bogotá, México.

Shady Solís, Ruth, 2005, *La civilización de Caral-Supe. 5000 años de identidad cultural en el Perú*. Proyecto Especial Caral-Supe, Instituto Nacional de Cultura, Lima.

Staller, John, Robert Tykot, y Bruce Benz, 2006, *Histories of maize. Multidisciplinary approaches to the prehistory, linguistics, biogeography, domestication, and evolution of maize*. Academic Press (Elsevier), New York.

Staubach, Suzanne, 2005, *Clay: the history and evolution of humankind's relationship with earth's most primal element*. Berkley Books, New Cork.

Stirling, Stuart, 2003, *El trágico destino de las princesas incas*, Editorial El Ateneo, Buenos Aires.

Sutton, Mark Q., y Robert M. Yohe II, 2003, *Archaeology, the science of the human past*, Allin and Bacon, Boston.

Tello Rozas, Sonia, ed., 2002, *En torno al patrimonio e interdiscipliniedad*, Universidad San Martín de Porres, Escuela Profesional de Turismo y Hotelería, Lima.

Whittaker, John C., 1994, *Flintknapping: making and understanding stone tools*, University of Texas Press. Disponible en amazon.com.

Están circulando también la Revista *Arqueología Suramericana*, vol. 3, N° 2, del Departamento de Antropología, Universidad del Cauca y la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Catamarca; la *Revista de Antropología* N° 19 de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay; la *Revista de Patrimônio Histórico e Artístico Nacional* N° 33, monográfico sobre "Patrimônio Arqueológico: o desafio da preservação", editado por Tania Andrade Lima.

Libro 2º de las Memorias antiguas Historiales y Políticas del Pirú

UN MANUSCRITO QUITEÑO EN LA CRÓNICA DE MONTESINOS

Ernesto Salazar

Los historiadores de cada país tienen "chequeados" a los cronistas que hablan de su terreno, ya sea de manera general o específica. Y por supuesto los tienen categorizados por su mayor o menor fidelidad a los acontecimientos históricos. Se da particular atención a aquellos que recorrieron el país o alguna de sus regiones, porque se supone que habrán adquirido información de primera mano. Los cronistas preferidos de Ecuador son Pedro Cieza de León, quien, en viaje de Colombia a Perú, cruzó el país, describiendo sus pueblos y monumentos; otro es Miguel Cabello Balboa, quien, como Vicario General

de los Yumbos, hizo la descripción de la provincia de Esmeraldas, y una breve relación del levantamiento de los Quijos en la región amazónica. Se conoce inclusive que Balboa, comenzó a escribir en Quito la primera parte de su *Miscelánea Antártica*. El tercero es Fernando Montesinos, ignorado por mucho tiempo, pero sin duda un favorito de la historiografía ecuatoriana, porque cubre hechos que no son mencionados por otros cronistas. Lamentablemente, muy pocos en Ecuador han leído la obra de Montesinos, y por una razón muy simple: las *Memorias Historiales* fueron publicadas en el siglo XIX, la primera vez por Vicente Fidel López en 1869-70, y la segunda por Jiménez de la Espada en 1882, que son ediciones prácticamente imposibles de conseguir. Las más recientes, de Horacio Urteaga en 1930, y la de Luis A. Pardo en 1957, han corrido igual suerte, lo que hace que Montesinos siga siendo un cronista inaccesible.

Paralelamente, la historiografía no ha cesado de investigar la producción de este cronista. La última adición al conocimiento de Montesinos es la publicación titulada *The Quito manuscript. An Inca history preserved by Fernando de Montesinos* (Yale University Press, 2007) de la etnohistoriadora Sabine Hyland (St. Norbert College, EE.UU.). Se trata sin duda de uno de los trabajos historiográficos más exhaustivos de la obra de este cronista, ya que la autora no sólo hace una revisión de todos los manuscritos existentes (al menos siete y de diferentes años), sino que también establece su *stemma codicum*, o sea la reconstrucción genealógica de los mismos, a fin de reconstruir el manuscrito original. Trabajo muy minucioso, por cierto, ya que las variantes del texto (con omisiones, aumentos o correcciones) deben ser analizadas y confrontadas, tratando de determinar cual de ellas representaría mejor el texto genuino del

autor. Según Hyland, Montesinos produjo un texto de cinco libros, eventualmente divididos en dos partes: los libros I, II, y III, agrupados bajo el título de *Memorias Historiales y Políticas del Pirú*, y los libros IV y V, bajo el título de *Annales del Pirú*.

Annales constituye una larga cronología de eventos de las Indias (desde 1498 hasta 1642), cuya redacción fue realizada, tanto a base de cronistas (El Palentino, Acosta, Herrera, manuscritos locales, etc.) como de historia oral, recogida personalmente por Montesinos: historias de piratas, vidas de sacerdotes y obispos, y relatos piadosos como los referentes al Santísimo Cristo de Mompox, Colombia, y al origen del culto de la Virgen del Cisne, Ecuador, este último de gran importancia, por haber convertido a Cisne en uno de los más grandes centros de peregrinación del país. Utilizando el manuscrito de 1642 (en la Biblioteca Nacional de Madrid), Hyland recuenta brevemente la aparición de la Virgen, la construcción de la iglesia y los milagros de la imagen. Los historiadores ecuatorianos del culto mariano no han ignorado esta fuente, aunque con un sesgo interesante, que se aclara, justamente, a la luz de la investigación de Hyland. El primer historiador que reseñó el culto de Nuestra Señora del Cisne fue el obispo Federico González Suárez (*Historia General de la República del Ecuador*, Quito, 1890-1894), quien manifiesta haber obtenido, en la Biblioteca Nacional de Madrid, una copia de un manuscrito de *Anales*, "enriquecido" con adiciones referentes a Quito, añadiendo: "las adiciones son de autor desconocido, y por eso ... las hemos citado indicando que son noticias del *Adicionador anónimo* de los 'Anales' de Montesinos". La fecha del manuscrito es 1603, año equivocado porque Montesinos llega recién a América en 1628.

Los estudiosos posteriores, entre ellos Julio Matovelle (*Imágenes y santuarios célebres de la Virgen Santísima en la América española*, Quito, 1910) y el historiador “oficial” de la imagen, Francisco Riofrío (*La advocación de nuestra Señora del Cisne*, Quito, 1924), no hacen más que acogerse al criterio del gran historiador ecuatoriano, manteniendo la existencia del “adicionador”, y a veces introduciendo otros errores menores. Ahora bien, en documentos históricos, las “adiciones” son casi siempre notas marginales, que pueden ser escritas por el autor mismo o por segundas y terceras personas, asunto que puede ser dilucidado por el historiógrafo, a veces de manera bastante expedita. Al respecto, Hyland señala que Montesinos trabajó *Annales*, asignando en sus folios un espacio para cada año. Si los textos copiados eran muy cortos, el cronista dejaba vacío el resto del espacio de ese año; pero si eran muy largos, se veía forzado a cubrir el espacio añadiendo notas marginales, a uno o ambos lados del folio. Es probable, pues, que González Suárez haya consultado el manuscrito de 1642, confundiendo las notas marginales de Montesinos con las realizadas por un inexistente “anónimo adicionador”.

En cuanto a las *Memorias Historiales*, el libro I está dedicado a demostrar que la tierra bíblica de Ofir estuvo en el Perú, uniéndose con ello a una pléyade de estudiosos que buscaban cosas similares en América, como su coterráneo y contemporáneo Antonio de León Pinelo, que trató de demostrar que el Edén bíblico estuvo en Sudamérica. Fuera de sus “pruebas” de un antiguo comercio entre Perú e Israel, y las raíces hebreas de los nombres de algunos incas, el Libro I trae una interesante revisión de la fuentes de oro del Perú y de las leyendas del Paititi. Se sabe que Montesinos estuvo al tanto de la expedición del desventurado Pedro Bohorquez (el *Me-*

stias de los Calchaquíes) y que envió a su primo Francisco en una segunda “entrada” al Paititi, de la que muy pocos regresaron.

El libro III se centra en argumentar la justicia de la conquista española de América y la grandeza del monarca ibérico, como base para legitimar la evangelización de los indios. Nada especial, fuera de los argumentos bastante conocidos sobre el tema, con lo cual llegamos al libro II, que es el que nos interesa y que versa sobre la cronología de los incas y sus conquistas y expediciones en el territorio del actual Ecuador. Cabe resaltar las referencias a grupos étnicos como Cofanes y Chonos, la campaña de Guayaquil, el conocimiento de las zonas de Calacalí y el Pulumagua, el reconocimiento de Atahualpa como último inca, el gran énfasis en la sierra norte, particularmente la guerra inca-caranqui, donde tiene especial brillo la figura de Quilago, elevada a la categoría de mujer emblemática en el Ecuador actual; en fin, la conquista de los Cañaris y la referencia sobre la construcción, por parte del cacique Duma, de un palacio y “otras muchas cassas” para el inca. Al respecto, Hyland sugiere que se trataría de “Ingapirca” que, para nosotros, es el Ingapirca de Cañar. Sin embargo, hay que señalar, primero, que el texto de Montesinos no menciona el nombre ni la ubicación del monumento, y segundo, que el término “ingapirca” ha sido usado, desde la Colonia, para designar cualquier edificio precolombino, no necesariamente inca. En todo caso, se estima ahora que las mencionadas construcciones se encontraban al Sur de Cuenca, entre Cochapata y Nabón. Se trata de las ruinas halladas por Max Uhle (1923) en Dumapara, donde se menciona la presencia de una casa inca “y un número de galpones grandes de origen cañarí”. Nótese que el arqueólogo alemán usa, casualmente o no, el término de “galpones”, el mismo que usa Montesinos en el libro II.

Otra referencia del mismo lugar, y más antigua, es la que da Humboldt, cuyo pasaje pertinente está reproducido en la pág. 25 de este Boletín.

Además de esta “familiaridad” que muestra Montesinos por la geografía e historia del territorio del actual Ecuador, hay asuntos de carácter general que dan una perspectiva muy peculiar al libro II de *Memorias Historiales* que, según confesión del mismo Montesinos, fue un manuscrito escrito por un quiteño y adquirido por él en Lima. En acucioso análisis de las fuentes, Hyland trata de demostrar cuán diferente es este libro respecto a los demás de *Memorias*. Por ejemplo, la famosa historia de los 93 reyes pre-incas, presentada en estructura similar a las genealogías bíblicas y mesopotámicas, no ha sido encontrada en ninguna otra fuente histórica (excepto en Blas Valera). Por otro lado, la visión de los indios andinos, generalmente hostil y poco apreciativa de su carácter en los libros I y III, aparece radicalmente cambiada en el libro II, que mas bien resalta las glorias del imperio inca y su papel civilizador en los Andes. Añádanse a esto, discrepancias de forma, como la distorsión de los nombres quichuas y errores gramaticales, muy peculiares en el libro II, y el lector puede imaginarse ya a Hyland en busca detectivesca del autor del manuscrito original. La autora analiza la posibilidad de varios candidatos, centrándose a mi parecer en la figura de Diego Lobato de Sosa Yarucpalla, un mestizo de Quito, traductor, amigo probable de Valera y acaso autor de una historia aborígen hoy perdida.

Fuera de los asuntos específicamente historiográficos, el libro de Hyland trae interesantes discusiones sobre temas panandinos en los que el manuscrito de Quito aporta con singulares interpretaciones de marco bíblico y cristiano: el mito de los gigantes sodomitas y

las transgresiones sexuales, la magia amorosa de las mujeres andinas, el calendario andino y el conteo del tiempo, y los sistemas de escritura andina de quilcas y quipus, que pueden ser de gran utilidad para los lectores no interesados en la intrincada investigación comparativa de manuscritos. Y para terminar con broche de oro su investigación, Hyland presenta, en esta publicación, una nueva transcripción del libro II de las *Memorias Historiales* basada en el manuscrito de 1644, de la Biblioteca de la Universidad de Sevilla, que no solo corrige los errores y adulteraciones de las ediciones anteriores (i.e. de Jiménez de la Espada y Vicente Fidel López, entre otros), sino que incluye las transcripciones exactas de las ortografías española y quichua. En suma, un trabajo inteligente y bien logrado, que merece una traducción en español y, si es posible, en Ecuador. Paso, pues, el reto a nuestro flamante Ministerio de Cultura.

La cita de “Apachita”

“Reconocer que la violencia formaba parte de la humanidad prehistórica no supone un sentimiento de minusvaloración, de considerar a estas comunidades ‘bárbaras’. Al contrario, se debe mostrar que la mayoría de las sociedades ‘prehistóricas’ e ‘históricas’ desarrollaron componentes de dureza, explotación y crueldad en su funcionamiento; aun aquellas civilizaciones que a juicio nuestro se encuentran entre las más nobles”.

Jean Guilaine y Jean Zammit, *El Camino de la guerra. La violencia en la prehistoria*, p. 253, Editorial Ariel, Barcelona.

DOCUMENTOS

LAS RUINAS DE COCHAPATA**Alexander von Humboldt**

Entre Nabon y Cochapata existen todavía las ruinas de un palacio del Inca (Inga-pirca) o mas bien, a juzgar según la cantidad de muros de 4 pies de altura, de las ruinas de un pueblo entero, 'un sitio real'. La casa principal tiene 60 pies de largo por 15 de ancho. No se distingue una división de apartamentos. Las piedras de estos edificios no son talladas como las del Callo, sino sin trabajar. Tienen argamasa, una mezcla de arcilla y de pequeños guijarros en los intersticios de las piedras. También observamos un dique de mampostería, que va del este hacia una colina y termina con la casa grande; suponemos que servía para conducir el agua, una acequia. Muy cerca de este dique se ven las ruinas de una torre circular de apenas 20 pies de diámetro. En el Páramo de Sanar también debe haber vestigios de un palacio del Inca; no lo hemos visto. Esto habla a favor de lo que se ha dicho del camino del Cusco. Obsérvese que el Inga-pirca del Azuay está a 2.146 toesas, el del Cañar a 1.520 toesas, el de Cochapata a 1.360 toesas, todos en lugares muy fríos, muy desagradables, "desabrigados". Se puede decir que los soberanos, acostumbrados al espantoso clima del Cusco, buscaban en todas partes sitios parecidos a los de su patria. Pues estos palacios no pueden haber sido refugios en países donde a causa del frío se los necesitaba más, porque en este caso sería un solo palacio y no un conglomerado de casas, que indican que el Inca tenía allí su residencia por mucho tiempo.

Viaje de Cuenca a Loja (17-23 de julio de 1802). En *Alexander von Humboldt. Diarios*

de viaje en la Audiencia de Quito, Segundo E. Moreno Yáñez, ed., p. 223-224, Oxy, Quito.

REPRESENTACIONES MITICAS DEL ECUADOR

¿Angel de Charlie o Madre de los Cayapas?



... De las verdes profundidades marinas, salen dos seres divinos: *A-ruco*, padre antiguo y *A-shimbu*, gran mujer... La selva y el río los protegen y les dan alimento. A cambio, *A-ruco* y *A-shimbu* deben poblar la tierra. Ellos son los primeros padres de todos los Cayapas. En *Leyendas infantiles ecuatorianas de la selva y el mar*, por Graciela Eldredge de López, 1983, Susaeta Ediciones, Medellín.